Eduardo Labarca y su singular homenaje al narrador argentino

Conozca los secretos del chileno que regó la tumba de Borges

JAZMÍN LOLAS E.

Los textos que abren y cierran *El enigma de los módulos*, el nuevo libro de Eduardo Labarca, son ficciones completas, según comenta el autor. El primero es vital: se titula "¿Existen los módulos?" y le da al lector pistas imprescindibles sobre el contenido del volumen, que acaba de publicar Editorial Catalonia. El profesor Lupus Thuruld es quien lleva la voz cantante en este relato inicial, donde recuerda a un escurridizo y singular escritor de nombre Eduardo Labarca, inventor de una peculiar fórmula de participación en simposios y congresos literarios.

En "El enigma de los módulos", el autor reúne textos tan cautivantes como inclasificables.

La fórmula en cuestión es el módulo, un estilo de ponencia que Labarca efectivamente puso en práctica, a lo largo de diez años, cada vez que comprometía su presencia en alguna reunión de hombres de letras en Europa.

Para no hacer lo mismo que el resto de los invitados –hablar lata y solemnemente sobre el oficio–, Labarca preparaba intervenciones delirantes en las que mezclaba hechos y personajes reales con otros salidos de su activa imaginación.

El enigma de los módulos reúne seis de esas conferencias y en ellas aparecen desde el Che Guevara hasta José Donoso, y el propio autor escabullándose, en Viena, Austria, de un congreso literario al que había dicho que llegaría, aunque lo que sucedió fue lo contrario.

"Las intervenciones son todas verdaderas. Como hay pocos chilenos en Austria (Labarca vive entre ese país y Chile), se les ocurría hacer un simposio y me invitaban. Muchas veces eludía la cosa, pero a veces iba. No me salía dar una conferencia y elaboraba módulos donde demostraba que el escritor tiene que hacer ficción y no andar hablando de literatura", cuenta el autor de obras como *Butamalón*, *Cadáver tuerto* y *Salvador Allende. Biografía sentimental*.

-En los módulos es muy sarcástico con la figura del escritor.

-¿Sabe qué pasa? Que los escritores rimbombantes son un poco ridículos. Los que trabajan callados, ya. Pero hay otros que se ponen a pontificar de lo humano y lo divino. En este libro hay un cierto desprecio por la gente que pontifica.

-El libro dice que asistía a los congresos con sombrero jipijapa (o Panamá) y que llegaba en un Lada.

-Siempre he usado jipijapa, me encanta. Y tuve un Lada. En un momento de pequeña riqueza, en que recibí unos derechos de autor, me compré uno blanco. Pero a veces me trasladaba en otro medio de transporte.

-En la portada aparece orinando en la tumba de Borges, en Ginebra. ¿Es real la escena?

-Absolutamente. Hay que matar al padre y mear al maestro. Me tomé esa foto hace tres o cuatro años. La verdad es que el líquido sale de una botella de plástico que tenía en la mano derecha.

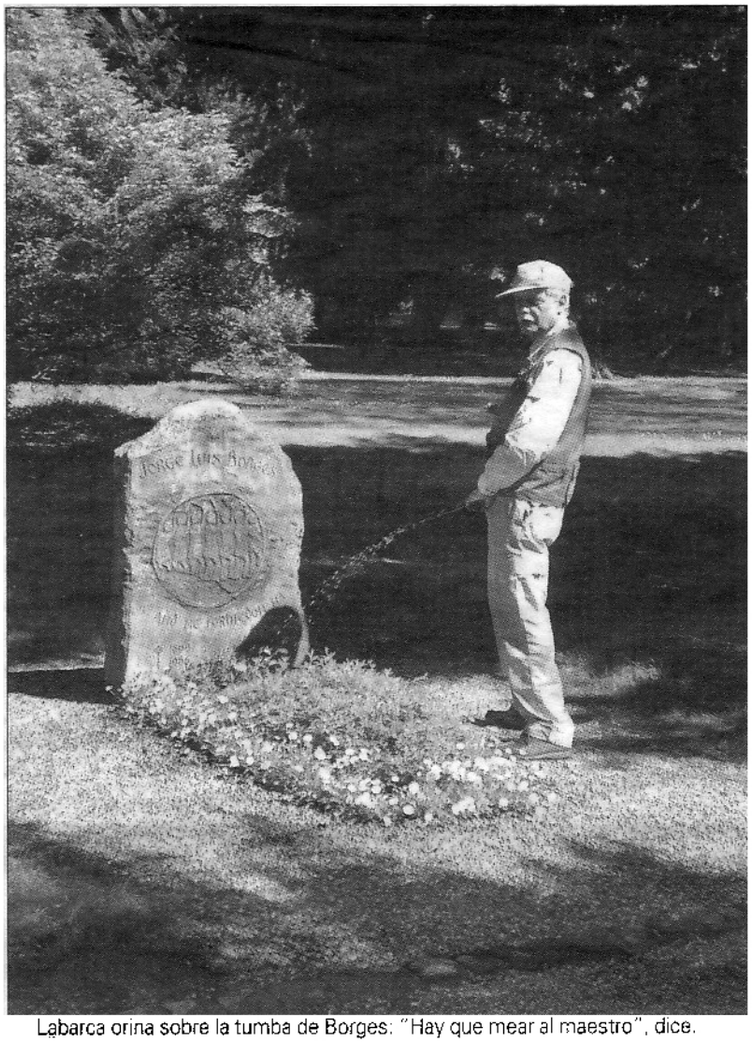
-¿Y qué le dio que fue a orinar al autor en su eterno descanso?

-Todo escritor debe tener originalidad y para eso tiene que romper con los grandes artistas que vinieron antes. Eso hizo Sartre cuando meó en la tumba de Chateaubriend. Se me prendió la ampolleta y quise hacer lo mismo, pero por un doble motivo: siendo un gran admirador de Borges, no quería que él mandara en lo que yo escribo y, por otro lado, él se portó muy mal cuando vino a Chile a felicitar al dictador.

"Caupolicán llamando a Fresia"

El último texto del libro de Eduardo Labarca es un cuento protagonizado por El General y Erich, dos hombres enfermos que coinciden en la misma clínica y que se encuentran para recriminarse mutuamente, primero, y luego llegar a algunos puntos de acuerdo.

El relato se titula "Caupolicán llamando a Fresia" y lo inspiraron Pinochet y Honecker. "Es singular que dos personas que han tenido esos poderes y representen mundos opuestos hayan muerto en Chile, de viejos", dice el autor.



Labarca orina sobre la tumba de Borges: "Hay que mear al maestro", dice.